

¿Una red global de movimientos sociales? Una aproximación al ciclo de protestas 2011-2013

Mateos, Oscar

Resumen

Las protestas sociales acaecidas en numerosos países durante los últimos tres años –desde Túnez y la llamada “Primavera árabe” hasta las recientes movilizaciones en Turquía o Brasil– han hecho aflorar un debate sobre la posible dimensión global y transestatal de todas ellas. El presente artículo pretende realizar una aproximación descriptiva y analítica a este intenso ciclo de protestas, reflexionando sobre las diferencias y similitudes existentes entre todas ellas, el papel que Internet y las redes sociales han tenido en el curso de las diferentes movilizaciones o, entre otros aspectos, el repertorio de acciones que han utilizado. Más allá de estos rasgos compartidos o no, el artículo trata de enfatizar la importancia de entender este ciclo de movilizaciones como un proceso de repolitización social que combina las contradicciones y conflictos locales de cada contexto en particular con la aparente existencia de una demanda global por mayor democratización política, regeneración institucional, justicia social y reapropiación de lo común.

Palabras clave

Movimientos sociales, Redes sociales, Primavera árabe, 15-M, Protestas globales

Una xarxa global de moviments socials? Una aproximació al cicle de protestes 2011-2013

Les protestes socials esdevingudes en nombrosos països durant els últims tres anys –des de Tunísia i l’anomenada “Primavera àrab” fins a les recents mobilitzacions a Turquia o Brasil– han fet aflorar un debat sobre la possible dimensió global i transestatal de totes elles. El present article pretén realitzar una aproximació descriptiva i analítica a aquest intens cicle de protestes, reflexionant sobre les diferències i similituds existents entre elles, el paper que Internet i les xarxes socials han tingut en el curs de les diferents mobilitzacions o, entre altres aspectes, el repertori d’accions que han emprat. Més enllà d’aquests trets compartits o no, l’article mira d’emfasitzar la importància d’entendre aquest cicle de mobilitzacions com un procés de repolitització social que combina les contradiccions i conflictes locals de cada context en particular amb l’aparent existència d’una demanda global per major democratització política, regeneració institucional, justícia social i reapropiació d’allò comú.

Paraules clau

Moviments socials, Xarxes socials, Primavera àrab, 15-M, Protestes globals

A Global Network of Social Movements? An approach to the cycle of protests 2011-2013

The social protests that have take place in many countries over the past three years - from Tunisia and the so-called Arab Spring to the recent protests in Turkey and Brazil - have given rise to a debate about the possible global and transnational dimension they may have. This paper sets out to develop a descriptive and analytical approach to this intense cycle of protests, reflecting on the differences and similarities between all of them, the role that the Internet and social networks have had in the course of the different demonstrations and, among other things, the repertoire of actions that have been used. Beyond these shared traits, the paper seeks to emphasize the importance of understanding this cycle of mobilization as a social re-politicization process that combines local contradictions and conflicts of each particular context with the apparent existence of a global demand for greater political democratization, institutional regeneration, social justice and reappropriation of the common.

Keywords

Social movements, Social networks, Arab Spring, 15-M movement, Global protests

Cómo citar este artículo:

Mateos, Oscar (2013).

“¿Una red global de movimientos sociales? Una aproximación al ciclo de protestas 2011-2013”.

Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa, 55, p.11-32



▲ Introducción: ¿algo nuevo está aconteciendo?

Los últimos años han certificado el agotamiento de las coordinadas políticas, sociales y económicas que han regido el conjunto del planeta durante las tres o cuatro últimas décadas. Dicho agotamiento se caracteriza, en el caso de los países occidentales, por una ruptura de los “consensos sociales” resultantes de la Segunda Guerra Mundial (“consenso keynesiano”), fundamentados en un pacto tácito entre capital y trabajo, orientado a la cohesión social y el pleno empleo y a la consolidación de los pilares del llamado “estado del bienestar” (Fontana, 2013). Lo cierto es que, fruto de la crisis económica y de las políticas de “austeridad”, pero ya mucho antes con procesos de desregulación y privatización, Europa y, de manera mucho más acentuada, EEUU han presenciado un espectacular proceso de polarización de rentas que está dando pie a una nueva realidad de fractura social.

El gran rasgo constitutivo de las sociedades del Norte y las del Sur es el grave problema de redistribución de la riqueza

Más llamativo es si cabe el proceso de transformación que está acaeciendo en paralelo en los países del hemisferio Sur. Tanto en América Latina como en Asia, pero incluso también en el continente africano, viene experimentándose un proceso de notable crecimiento macroeconómico, que difumina levemente la histórica brecha entre el Norte y el Sur, al menos en cuanto a niveles macroeconómicos se refiere. Este proceso mundial de “igualación a la baja” (los países del Norte disminuyendo su crecimiento económico y los del Sur incrementándolo) no impide, sin embargo, que paradójicamente el gran rasgo constitutivo, tanto de las sociedades del Norte como las del Sur, sean los grandes niveles de desigualdad social interna que existen y, en definitiva, el grave problema de redistribución de la riqueza.

¿Qué causas ayudan a explicar esta nueva realidad? De manera muy sintética, podemos apuntar al menos tres elementos explicativos:

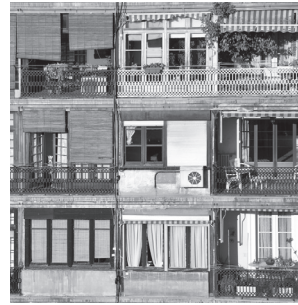
- Un primer aspecto clave es la mutación que el capitalismo ha padecido en las últimas décadas en el contexto de globalización: del capitalismo industrial y productivo hemos transitado paulatinamente a un “capitalismo de casino”, en el que gran parte de la economía se ha financiarizado y se ha tornado esencialmente especulativa. Esto, además de mutar la naturaleza de la economía, ha conllevado una monumental crisis del papel del estado-nación, que se ha visto desprovisto de poder, y de su tradicional capacidad de regulación en favor de los intereses de los mercados y de la economía especulativa.
- Un segundo elemento, estrictamente relacionado con el primero, es el impacto que la globalización ha tenido en el ámbito del trabajo, caracterizándose por una descentralización geográfica de los procesos productivos que ha llevado a las multinacionales a buscar la mano de obra más barata, consolidando *de facto* una división internacional del trabajo. De este modo, los países de la periferia han experimentado un proceso de

industrialización de salarios bajos, en contraposición al proceso de desindustrialización y de intensa precarización laboral y pérdida de derechos laborales de los países occidentales, quienes del ideal del pleno empleo han pasado al grave problema del paro estructural y a políticas orientadas a competir con los salarios de los países del Sur.¹

- Un tercer y último aspecto, crucial para la viabilidad de los dos anteriores, ha sido la consolidación de una hegemonía cultural de la doctrina neoliberal (el llamado “Consenso de Washington”) que ha permitido precisamente la legitimación política y cultural de todo este proceso. Medios de comunicación, universidades y partidos políticos (pertenecientes incluso a la socialdemocracia) han contribuido de una forma u otra a la configuración de un “sentido común” determinado y a hacer buena la máxima acuñada en su día por la ex primera ministra británica, Margaret Thatcher, de que “no hay otra alternativa”. A su vez, las sociedades del “hiperconsumo”, cada vez más individualizadas, atomizadas y esclavas de un endeudamiento incentivado por las entidades financieras, han sido incapaces de hacer frente a este pensamiento dominante que ha dinamitado las bases de la propia democracia.

Todos estos aspectos, y siguiendo a Bauman (2012), nos sitúan en un contexto extraordinario: un contexto de transición o de “interregno” entre dos épocas, en la que se detectan importantes discontinuidades respecto a lo que hacíamos y vivíamos y lo que hacemos y vivimos en la actualidad, pero en el que no existe la capacidad de vislumbrar las coordenadas de futuro. Lo que parece obvio es que el nuevo contexto viene definido por desafíos y preguntas que son esencialmente nuevas y ante las cuales ya no deberían servir las viejas respuestas. No obstante, y como señala Joan Subirats, la política institucional, las políticas y las administraciones públicas parecen seguir en buena parte ancladas en la lógica de “territorio, población y soberanía” (2013: 69), indolentes a los grandes desafíos que se están configurando o bien incapaces de entender la magnitud de todos ellos.

Sin embargo, un hecho destacable en este contexto globalizado que hemos analizado es el desarrollo de un “ciclo de protestas” que viene sacudiendo a numerosas sociedades, tanto del Norte como del Sur, en los últimos tres años. Para Tarrow los “ciclos de protestas”, aunque varíen en su duración y dimensión, tienen una serie de características comunes en la historia reciente: coinciden con una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificadas entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución (1994: 153). Tras la revuelta en Túnez a finales de 2010 (y con el ejemplo previo de Islandia), han sido numerosos los



países que han protagonizado movilizaciones de mayor o menor intensidad: desde el conjunto de la región del Magreb –en lo que más tarde se ha denominado como la “Primavera árabe”– hasta las protestas en Grecia, España, Italia, Portugal, Reino Unido, EEUU, México, Chile, Brasil o Turquía, entre otros.

¿Son estas protestas acontecimientos aislados o más bien la expresión de un movimiento transnacional interconectado?

A pesar de las diferencias existentes entre todas estas protestas, el presente artículo parte de varias preguntas iniciales al respecto: ¿Son estas protestas acontecimientos aislados o más bien la expresión de un movimiento transnacional interconectado, tal y como numerosos autores están apuntando? ¿Qué características comparten todas ellas? ¿Qué implicaciones globales y locales pueden suponer y qué perspectivas pueden derivarse? A modo de hipótesis, se planteará que aunque parece obvio que todas estas movilizaciones están enraizadas en las especificidades históricas, sociopolíticas y socioculturales de cada contexto, todas ellas comparten a su vez una serie de rasgos comunes, tales como: el perfil y la base social de los manifestantes (en el que la creciente o decadente “clase media precarizada” juega un papel esencial); las formas de movilización y los repertorios de acción (en el que Internet y las redes sociales aparecen como los instrumentos clave) y algunos de los principales aspectos de la agenda de demandas y reivindicaciones (democracia directa y agotamiento de la política institucional representativa). El artículo subrayará también la necesidad de entender todas estas protestas no tanto desde una perspectiva cortoplacista (en función de sus “resultados”), sino más bien como un proceso político de gran calado y, al fin y al cabo, como un mensaje en sí mismo. Y es que, tal y como señalan Della Porta y Diani, es importante tener en cuenta que, en perspectiva, los movimientos sociales han sido históricamente esenciales en el desarrollo de nuevas ideas y valores y en cualquier proceso de cambio cultural, social y político (2011: 35).

Para tratar de responder a todo ello, el artículo recogerá algunas de las aportaciones académicas que vienen realizándose en los últimos tiempos a la luz de los propios acontecimientos. En este sentido, algunos autores ya han catalogado este ciclo de diferentes maneras, tales como: “Revoluciones 2.0” (Cocco, 2013), “Wikirevoluciones” (varios autores), “Movimientos sociales en red” (Castells, 2012) o “Protestas interconectadas” (Mason, 2012), poniendo de manifiesto el gran interés sociológico y político que el ciclo de protestas ha despertado. El artículo está organizado en tres apartados. En el primero se expone brevemente una cronología de las principales protestas, analizando tres focos principales: la “Primavera árabe”, las movilizaciones acaecidas en los países occidentales y aquellas que han tenido lugar en algunos países de las regiones llamadas “emergentes”. En el segundo apartado se analizarán las diferencias y similitudes que pueden extraerse de todos estos contextos, determinando qué aspectos permitirían afirmar que existe verdaderamente una dinámica de interconexión e interrelación entre todas las protestas. Finalmente, el tercer apartado, y a modo de conclusión, explorará las perspectivas e implicaciones que pueden estar teniendo todas estas movilizaciones a medio y largo plazo.

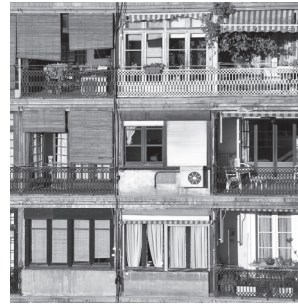
De 2011 a 2013: Un ciclo de protestas recorre el mundo

En el principio fue **Islandia**, un país relativamente pequeño (330.000 habitantes) y rico. Tras una serie de protestas esporádicas a finales de 2008, una multitud de personas empezó a protestar en enero de 2009 ante el Parlamento islandés, exigiendo la renuncia de los altos cargos del gobierno y la convocatoria de nuevas elecciones. La llamada “Revolución de las cacerolas”, que denunciaba la situación económica del país y el fraude cometido por los miembros del gobierno y de algunas entidades financieras, logró que en pocos meses, y tras varios episodios de represión policial, se formara un nuevo gobierno, se imputara al ex primer ministro islandés y, sobre todo, se iniciara un complejo proceso de participación política que culminó con una asamblea constituyente. El caso de Islandia no es sólo trascendental por ser el primer episodio de una larga lista de movilizaciones que vendría después, sino también porque fue el reflejo de muchas de ellas y un referente inspirador en muchos sentidos.

A continuación se analizan tres contextos de protestas, en los que se han agrupado países que comparten una misma realidad sociopolítica y económica. En primer lugar, los países de la llamada “Primavera árabe”, los cuales presentan especificidades históricas, sociopolíticas y socioculturales muy determinadas. Segundo, las protestas en países occidentales, caracterizados por el fuerte impacto de la crisis económica y por el proceso de pauperización de la clase media y de fractura social. Tercero, las protestas en los países considerados como “emergentes” por el gran salto económico que están efectuando en los últimos años, y entre los que se encuentran Turquía y un grupo de países latinoamericanos como Brasil y México.

De la “primavera” al “otoño” árabe

El 17 de diciembre de 2010, en una pequeña localidad del centro de **Túnez**, se inmolaba ante un edificio del Gobierno Mohamed Buazizi, un vendedor ambulante de veintiséis años. Buazizi protestaba así por las condiciones de vida, la corrupción institucional y por un sistema que le hacía literalmente la vida imposible, después de que la policía le confiscara de manera sistemática su pequeño puesto de frutas. Tras su inmolación, cientos de jóvenes, muchos de ellos universitarios, iniciaron numerosas protestas que fueron reprimidas duramente por la policía. La represión fue gravada y difundida por youtube, adquiriendo un carácter viral y generando un efecto en cadena, en el que se produjeron nuevas inmolaciones y protestas por todo el país. A mediados de enero, el jefe del ejército se negó a disparar a los manifestantes y poco después el hasta entonces mandatario tunecino, Ben Alí, abandonó el país ante



una situación insostenible. Las protestas, alentadas y organizadas desde las redes sociales (facebook, twitter, youtube), continuaron denunciando la corrupción de todos los principales responsables institucionales y exigiendo su dimisión, una mayor democratización, un nuevo régimen electoral y la mejora de las condiciones de vida y de las oportunidades para multitud de jóvenes sin trabajo. En octubre de 2011, y después de la constante presión social, se celebraron elecciones, de las que resultó ganador el partido islamista moderado Ennahda y nuevo presidente el escritor Moncef Marzouki. A diferencia del resto de revueltas acaecidas en el entorno árabe, la revolución tunecina, a pesar de momentos de tensión considerables desde finales de 2011, se ha caracterizado por una cierta estabilidad y la consolidación del gobierno elegido en las urnas, después de más de dos décadas de régimen autoritario.

Algo similar, aunque con un desenlace y una coyuntura mucho más volátil, ocurrió poco después en **Egipto**. La llamada “Revolución del 25 de enero” logró en tan sólo dieciocho días acabar con el todopoderoso Hosni Mubarak, que había permanecido durante décadas en el poder. En medio del clima de euforia y de tensión alentado por la revolución tunecina, la joven Asmaa Mafhouz hizo un llamamiento a través de vídeo por facebook a los jóvenes de su país a los que emplazaba a concentrarse el 25 de enero en la Plaza Tahrir de El Cairo para defender la dignidad del pueblo egipcio. Las manifestaciones se sucedieron desde entonces en todo el país, siendo la represión policial la respuesta del régimen. Nuevamente, las redes sociales, y a pesar del intento de Mubarak de “desconectar” el país de Internet, sirvieron para hacer circular las diferentes manifestaciones y choques entre la policía y los manifestantes. El 11 de febrero Mubarak renunció al cargo oficialmente y se convocaron elecciones, que ganaría unos meses más tarde Mohamed Morsi. Desde entonces, Egipto ha presenciado varios cambios de guión: del gobierno de los Hermanos musulmanes (un islamismo supuestamente moderado) se ha pasado a nuevas protestas en la calle por el incumplimiento del programa de estos últimos e incluso hasta un nuevo golpe de estado secundado por el ejército, que ha visto en las nuevas protestas la manera de resarcirse de lo ocurrido en la primera ola de protestas, en lo que algunos han calificado como “la venganza de la jerarquía” (Mason, 2013: 271). Sea como fuere, el proceso político egipcio, al igual que el tunecino, sigue abierto.

Pero a Túnez y a Egipto cabe sumar una ola de protestas, revueltas, revoluciones y movilizaciones que acontecieron en toda la región desde entonces, entre las que cabe destacar las que tuvieron lugar en **Marruecos** (donde el régimen se vio obligado a hacer determinadas reformas políticas), **Libia** (desencadenando una guerra civil, una intervención internacional armada y la muerte del histórico líder libio Muamar Gadafi) o **Siria** (donde se desató desde entonces una guerra que ha provocado más de cien mil víctimas mortales), así como las de Argelia, Yemen, Líbano, Mauritania, Sudán, Senegal, Omán, Bahrein, Kuwait, Iraq, Irán, Palestina y Arabia Saudita.² A pesar de las múltiples contradicciones de todos estos procesos y de su enorme com-

plejidad, la “Primavera árabe” comparte algunos rasgos importantes con el resto de protestas a nivel mundial, tal y como luego analizaremos, y sobre todo, en su momento, se convirtió en un poderoso elemento de contagio e inspiración. Asimismo, es importante señalar que todas estas protestas no fueron repentinas sino que son el resultado también de antecedentes históricos determinados. En muchas ocasiones, estos países habían afrontado importantes movilizaciones y tensiones sociopolíticas sin las cuales no se puede explicar muchas de las cosas que acontecieron durante los meses de 2011, en los que se dio un marco global que ayudó a impulsar y amplificar muchas movilizaciones que en otro momento no hubieran cuajado con tanta contundencia.



Una mirada a la crisis de Occidente: del #15M a #OccupyWallStreet

Al calor de las revueltas en el mundo árabe nació el llamado 15-M en **España**. “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros” fue el lema que el colectivo Democracia Real Ya puso a las manifestaciones que el 15 de mayo de 2011 se produjeron en varias ciudades españolas. Como sucediera en Túnez o en Egipto, fue la represión policial –concretamente en la Puerta del Sol de Madrid, horas después de la manifestación– así como la viralidad del vídeo en el que se mostraba dicha represión contra unos pocos manifestantes, la que generó una movilización sin precedentes, llevando a llenar decenas de plazas, primero en Madrid, y luego en numerosas ciudades. Las acampadas y asambleas en las plazas, así como la ebullición en las redes sociales, propulsaron un movimiento de carácter histórico, en el que miles de personas denunciaron la convivencia de los dos grandes partidos políticos españoles (PP y PSOE) con los poderes financieros y, en definitiva, la existencia de un régimen representativo caduco, resultante de la Transición española. Durante las asambleas, retransmitidas por *streaming*, se debatieron, con especial intensidad durante las primeras semanas, algunas de las principales demandas políticas, sociales y económicas, que iban desde la reforma de la Ley electoral hasta la institucionalización de una renta básica. El 15-M fue trasladándose poco a poco a las llamadas “Asambleas de barrio”, en las que se decidió continuar con los debates y propuestas. En los antecedentes de este movimiento pueden encontrarse especialmente algunas experiencias como la movilización en las redes sociales contra la Ley Sinde y la iniciativa Nolesvotes.org, o bien algunos colectivos como “Estado del malestar” o “Juventud sin Futuro”. En definitiva, experiencias que indicaban la existencia de una generación de jóvenes muy formados cuya vida se caracterizaba por la precariedad, la inestabilidad y la incertidumbre, en un sistema que no daba respuesta a sus necesidades. Todo esto en un contexto occidental de crisis económica y de políticas de ajuste del gasto público en servicios básicos tan importantes como la sanidad o la educación.

Todas estas protestas no fueron repentinas

En paralelo, con anterioridad o con posterioridad, los países del sur de Europa (especialmente **Grecia, Italia y Portugal**), pero también países como **Bulgaria** (desde mediados de 2012), han presenciado importantes movilizaciones que, si bien no con la intensidad de la experiencia del 15-M en España, fueron significativas por la forma en que se produjeron (utilizando la mayoría de veces las redes sociales como forma de movilización y amplificación de la protesta) y por su contenido (jóvenes que protestaban por las condiciones socioeconómicas de pauperización generalizada y la falta de oportunidades, agravadas por las políticas de “austeridad” impulsadas por sus respectivos gobiernos y la llamada “Troika”, que agrupa a la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional).

En 2011 la protesta también cuajó en **EEUU**. Con la experiencia del 15-M todavía en efervescencia, el 13 de julio de 2011 la revista contracultural *Adbusters* llamó a “Ocupar Wall Street de manera masiva y pacífica”. El día elegido era simbólico: el 17 de septiembre es el aniversario de la firma de la Constitución de EEUU. La convocatoria tenía así el objetivo de restaurar la democracia haciendo el sistema político independiente del poder del dinero (Castells, 2012: 161). La manifestación del 17 de septiembre en Wall Street y la posterior ocupación de Zuccotti Park fue seguida de varias manifestaciones en Nueva York y en otras ciudades estadounidenses. Nuevamente, la represión policial y la circulación de vídeos en los que se mostraba dicha represión generaron reacciones de solidaridad y amplificaron el movimiento en las semanas posteriores. Los principales temas abordados en las diferentes acampadas fueron esencialmente los vinculados a la corrupción y a las enormes desigualdades socioeconómicas que caracterizan desde hace tiempo a EEUU. En este sentido, uno de los principales lemas de #OccupyWallStreet fue el de “somos el 99%”, refiriéndose a la desigual distribución en el ingreso entre el 1% de la elite financiera y el resto de la sociedad, que economistas y Premios Nobel estadounidenses como Joseph Stiglitz y Paul Krugman habían teorizado hacia años. Al igual que en las plazas de Madrid o Barcelona, en el Zuccotti Park, los acampados basaban sus decisiones en procesos assemblearios. El 15 de noviembre de 2011 fueron desalojados, y aunque trataron de volver ocupar la plaza en varias ocasiones, centraron sus acciones en la ocupación de oficinas bancarias, de empresas y en universidades.

México (#YoSoy132), Turquía (#OccupyGezi) y Brasil (#VemPraRua): ¿malestar en los países “emergentes”?

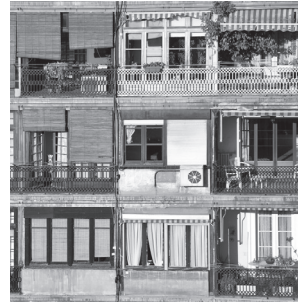
Los altos niveles de crecimiento económico y la consolidación de la clase media son algunos de los aspectos que han situado a México, Turquía y Brasil como países emergentes en la geopolítica mundial. No obstante, tras las bondades de este crecimiento macroeconómico, las sucesivas protestas sociales en los últimos tiempos han denunciado precisamente la mala dis-

tribución de la riqueza y el papel de los principales actores políticos y económicos del país. Mientras que la “Primavera árabe” y las protestas en los países occidentales ocuparon buena parte del año 2011, estos tres países han protagonizado protestas, con rasgos muy similares a las anteriores, a lo largo de 2012 y de 2013.

El Movimiento #YoSoy132 de **México** dio comienzo el 11 de mayo de 2012, casi un año después que el 15-M en España.³ Ese día un grupo de estudiantes protestaron ante la presencia del entonces candidato (y actualmente presidente del gobierno), Enrique Peña Nieto, por su actuación como gobernador del Estado de México. Durante la protesta, Peña Nieto salió de la universidad en medio de un operativo de seguridad y rodeado de centenares de jóvenes con pancartas en su contra. La protesta, que fue grabada y difundida a través de las redes sociales, fue un detonante que puso en marcha una cadena de manifestaciones que se fueron uniendo a este movimiento, especialmente tras el intento de minimización y manipulación que los principales medios de comunicación mexicanos hicieron del suceso. El nombre #YoSoy132 se refiere al apoyo social a este movimiento como miembro número 132 tras la publicación de un vídeo en el que 131 estudiantes enseñaban sus credenciales de la Universidad Iberoamericana desmintiendo así las declaraciones de medios de comunicación y políticos que los habían acusado de ser violentos y de no pertenecer a la universidad. A través de las redes sociales, pero también mediante la organización de diversas protestas en calles y plazas de diferentes ciudades durante las semanas y meses posteriores, los integrantes del movimiento exigieron, entre otros aspectos, la democratización de los medios de comunicación y la regeneración política.

Turquía fue el siguiente escenario de la protesta. Doce meses después de las movilizaciones en México, en mayo de 2013, la ciudad de Estambul inició una ola de protestas contra el Gobierno de Tayyip Erdogan después de que una cincuentena de ecologistas se manifestaran y decidieran acampar para salvar el Parque Taksim Gezi, el cual iba a transformarse en un centro comercial. Tras ser violentamente reprimidos por la policía mediante cañones de agua y gases lacrimógenos, las imágenes de la represión saltaron a las redes sociales, generando nuevamente un movimiento viral de solidaridad y apoyo tanto en Estambul como en otras ciudades turcas. #OccupyGezi aglutinó a miles de personas que, más allá de la preservación del Parque Gezi, exigieron el derecho a la libertad de asamblea que había sido violentamente reprimido, así como el fin de los procesos de privatización que afectaban a determinados bienes públicos en el ámbito urbano. Los meses posteriores al estallido de las protestas transcurrieron entre intentos de deslegitimación por parte del gobierno y nuevas movilizaciones organizadas por los acampados.

Pocos días después del inicio de las intensas protestas en Turquía, concretamente el 6 de junio de 2013, las calles de Sao Paulo, en **Brasil**, reunieron a más de un millar de personas que exigían la derogación de la subida de las tarifas de transporte en la ciudad. Las protestas proliferaron de manera



inmediata y la policía empezó a intervenir violentamente, incluso con el uso de pelotas de goma, motivando todavía más la extensión y amplificación de las protestas al conjunto de ciudades del país. Si se estima que el 17 de junio ya eran más de 250.000 personas las que protestaban en diferentes ciudades, tres días después, el 20 junio, se produjo la gran manifestación en la que participaron más de un millón de personas, en lo que muchos calificaron como la mayor movilización que había tenido lugar en el país en las últimas dos décadas. Tal y como muchas voces señalaron, detrás del hecho puntual de la protesta contra la subida del precio del transporte público se encontraba un malestar generalizado por las condiciones de vida en el entorno urbano, por la falta de servicios básicos de calidad, por la precariedad y falta de oportunidades, especialmente para los jóvenes, y por la enorme corrupción en la esfera política, en un país en el que, a pesar del exponencial crecimiento económico sigue situándose entre los más desiguales del mundo. Todo esto se produjo además en un contexto en el que los manifestantes criticaron con contundencia el gasto público destinado a importantes infraestructuras vinculadas a los grandes eventos que Brasil tiene previsto celebrar (Mundial de fútbol en 2014 y Juegos Olímpicos de Río de Janeiro en 2016) y el papel del Gobierno del Partido de los Trabajadores presidido por Dilma Rousseff. Las redes sociales (que en Twitter popularizaron etiquetas como #VemPraRua o #MudaBrasil) ejemplificaron nuevamente el potencial movilizador de Internet y la capacidad de réplica de muchos lemas y consignas que ya habían aparecido en el 15-M o en Turquía.

Otros países de la región, como Chile o Perú, caracterizados también por un notable despegue económico, han presenciado importantes movilizaciones en los dos últimos años. En **Chile**, miles de estudiantes protestaron durante 2011 contra el modelo de educación mercantilizada aprobada por los diferentes gobiernos democráticos,⁴ mientras que en **Perú** las protestas, que tuvieron lugar en junio de 2013, denunciaron la corrupción de la clase política y del poder judicial.

Un hecho igualmente destacable es que el **15 de octubre de 2011** una red de movimientos a nivel mundial movilizara a millones de personas en 951 ciudades de 82 países de todo el mundo bajo un mismo lema (“Unidos por un cambio global”), superando incluso a las históricas manifestaciones contra la invasión de Iraq. Detrás de esta convocatoria no existía ninguna gran institución o partido político con capacidad de convocatoria. Como había sucedido en el caso de las acampadas y manifestaciones ocurridas en el conjunto de estos países, Internet se convirtió en un instrumento fundamental de comunicación y movilización. La envergadura de todas estas movilizaciones fue tal que la revista *Times* consideró personaje del año 2011 al “manifestante”, dedicándole su portada.

Un aspecto importante para finalizar este apartado. En los antecedentes de muchas de estas movilizaciones globales no puede minusvalorarse el impacto del llamado “Movimiento Altermundialista” o “Movimiento por una

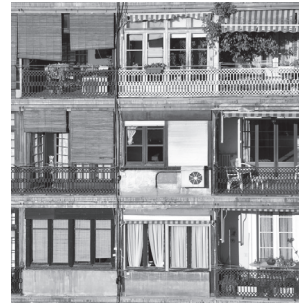
Justicia Global” que desde 1994 hasta bien entrada la primera década del siglo XXI concitó la atención internacional y que desarrolló repertorios de acción y protestas cuyo contenido también puede encontrarse en muchas de las movilizaciones actuales.

¿Movimientos sociales en red? Análisis de las especificidades y las similitudes de las diferentes protestas

Una de las preguntas que nos formulábamos en un inicio es si todas estas protestas que acabamos de describir de manera muy sintética son acontecimientos aislados o bien la expresión de un movimiento transnacional interconectado. Un hecho parece obvio: cada contexto de movilizaciones responde claramente a demandas y a cuestiones políticas, socioeconómicas y socioculturales internas. Este hecho es así hasta el punto de que las consecuencias de cada una de las movilizaciones se hace notar sobre todo en un plano local, con la dimisión y destitución de gobiernos o bien con la represión efectuada por los diferentes aparatos de seguridad del Estado. O por decirlo de otra manera, las protestas acaecidas en la Plaza Tahrir de El Cairo no tienen un impacto directo en las decisiones políticas y económicas de España, de EEUU o de Brasil.

Ahora bien, un gran número de autores ha concedido una creciente validez a la idea de que todas estas protestas, enraizadas en cuestiones locales y nacionales, no dejan de ser expresiones de un movimiento global. En su libro *Redes de indignación y esperanza*, Manuel Castells considera que las protestas ocurridas desde el caso islandés hasta la actualidad presentan una serie de características comunes que hacen plantear la posibilidad de que estemos ante un “modelo emergente” de movimientos sociales: los “movimientos sociales en red”. Su interconectividad, la ocupación del espacio urbano o la viralidad que les caracteriza son aspectos compartidos por todas ellas. En este sentido, Castells insiste en subrayar la idea de que los movimientos son locales y globales a la vez:

Empiezan en determinados contextos, por sus propias razones, crean sus propias redes y construyen su espacio público ocupando el espacio urbano y conectándose a las redes de Internet. Pero son también globales porque están conectados en todo el mundo, aprenden de las experiencias de los demás y de hecho a menudo se inspiran en esas experiencias para movilizarse. Además, mantienen un debate global en Internet y a veces convocan manifestaciones conjuntas globales en la red de espacios locales al mismo tiempo. Manifiestan un conocimiento de los problemas compartidos por la humanidad en general y muestran una clara cultura cosmopolita, si bien siguen arraigados en su identidad específica (2012: 213).



Todas estas protestas, enraizadas en cuestiones locales y nacionales, no dejan de ser expresiones de un movimiento global

De manera muy similar, el sociólogo Michael Burawoy (2013) ha insistido en la necesidad de entender estos movimientos sociales dentro de una “nueva sociología global” y a partir de su contexto global y nacional. Reflexionando sobre el trabajo de Karl Polanyi *La gran transformación*, Burawoy propone asimismo entender la emergencia de este ciclo de protestas en el marco de lo que denomina como una “tercera ola de mercantilización”. Para éste, en los dos últimos siglos se habrían producido tres grandes momentos (siglo XIX, primera mitad del siglo XX y la etapa iniciada desde los años setenta) en los que determinadas cuestiones de la vida como el trabajo, la tierra, el conocimiento o la salud habrían pasado a convertirse en mercancía, suponiendo un intenso proceso de desposesión de bienes comunes hacia intereses privados. Según Burawoy, estos procesos también se han caracterizado, al menos en las dos primeras etapas, por generar una reacción social que ha intentado contrarrestar este proceso de acumulación: mientras en la *primera ola de mercantilización* el papel del movimiento obrero habría sido clave, en la *segunda ola* las regulaciones estatales fueron el aspecto determinante. En este sentido, el autor se pregunta si los movimientos sociales actuales pueden ser la reacción a esta tercera ola de mercantilización. Una idea que, analizando el caso de Occupy Wall Street, comparte Rile Heikkilä de la Universidad de Helsinki, quien propone entender estas protestas como la reacción de unas clases medias depauperadas al proceso de polarización de rentas en un contexto de crisis financiera (2012: 22).

Así las cosas, y a la luz de la prolífica literatura que está tratando de analizar todos estos fenómenos, se desprenden al menos tres aspectos que la mayoría de autores coinciden en destacar como características comunes de todas estas protestas globales, a saber: i) nuevos repertorios de acción y nuevas formas de movilización en las que destaca la hibridación entre la calle y la red y el papel fundamental de Internet; ii) una base social común compuesta, esencial pero no exclusivamente, por un perfil de jóvenes pertenecientes al *precariado* y al ámbito urbano, y iii) la existencia de unos marcos rectores y de una agenda común en el que predominan la aspiración de resignificar la democracia y avanzar hacia nuevas formas de lo común. A continuación se analizan y detallan cada uno de estos tres aspectos.

Nuevas formas e instrumentos de movilización: el binomio calle-red

Un primer aspecto que cabe analizar al referirnos a unas formas de movilización que comparten importantes rasgos es, precisamente, la **génesis** de todos estos movimientos. Tal y como se aprecia en el apartado anterior, muchos contextos han reproducido una misma secuencia, caracterizada por: la aparición de un hecho puntual (protestas de diverso tipo); la posterior represión policial; la grabación, difusión por redes sociales y viralidad de la represión,

y la explosión de una ola de indignación, motivada muchas veces por la solidaridad y los agravios compartidos. Muchos autores han subrayado, en este sentido, la importancia de las *emociones* como un factor esencial para la superación del miedo a la hora de desafiar el poder. Desde el punto de vista de los individuos, apunta Castells, los movimientos sociales son “movimientos emocionales”. La insurgencia no empieza con un programa ni una estrategia política: el big bang de un movimiento social empieza con la transformación de la emoción en acción (2012: 30). Jasper (1997), por su parte, ha denominado esta dinámica como la “economía libidinal de los movimientos”, esto es, su capacidad de producir símbolos y una retórica orientadas a suscitar diversos tipos de emociones. Asimismo, el poder de las imágenes en todos ellos ha sido esencial: Youtube se ha convertido probablemente en una de las herramientas de movilización más poderosas en las primeras fases de muchas de ellas (Castells, 2012: 214).

En relación a este asunto, un hecho significativo es la secuencialidad de las protestas o su capacidad de **contagio**. Ha existido una cierta *inspiración mutua*, especialmente entre varios de esos contextos: Túnez fue un claro inspirador de las revueltas árabes, éstas a su vez influenciaron la génesis y muchas de las formas del 15-M, este último impactó en Occupy Wall Street, etc. De este modo encontramos que, dentro de ese mismo ciclo de protestas, se pueden identificar varias “olas” de movilizaciones en 2011, 2012 y 2013 que constituyen una misma expresión, pero que se desarrollan en momentos diferentes. Para Koopmans, los conceptos de “ciclo” y de “ola” confirmarían la desigual distribución de la confrontación en el tiempo, en los que se alternan periodos de relativa calma con procesos de intensa movilización que incluyen a grandes sectores de las sociedades y que, muy a menudo, afectan a muchas sociedades simultáneamente (2004: 21). Della Porta y Tarrow (2005), por su parte, señalan la existencia de lo que denominan como una “estructura multinivel de oportunidades”, es decir, la existencia de un clima transnacional propicio para el desarrollo de los movimientos sociales. Sin embargo, la difusión entre países no es algo nuevo. El movimiento estudiantil de los sesenta, el movimiento feminista de los setenta, los movimientos pacifista y ecologista de los ochenta y los movimientos altermundialistas de los noventa y los dos mil son ejemplos de lo que se ha llamado como “movimientos globales” que se desarrollan de manera simultánea a lo largo del mundo con similitudes significativas en diferentes países (algo que también puede apreciarse incluso, aunque guardando las distancias, con las revoluciones de 1848 o el movimiento antiesclavista). De todos modos, es cierto que el proceso de difusión no afecta a todos los movimientos por igual y que el intercambio no es siempre el mismo (Della Porta y Diani, 2011: 239).

Aterrizando en la morfología de todas estas movilizaciones puede afirmarse que ha existido, tal y como subrayan numerosos autores, un aspecto central y novedoso como es la complementariedad entre las movilizaciones en las calles y la utilización de las redes sociales e Internet (Burawoy, 2013;



Los movimientos sociales son “movimientos emocionales”

Mason, 2012; Cocco, 2013). Este “**binomio calle-red**” (off-line/on-line) se ha caracterizado por la ocupación de los espacios públicos como lugares de protesta, celebración, organización y resistencia, complementado por la presencia simultánea en las redes sociales, generando así una hibridación entre el espacio urbano y el ciberespacio. Castells ha denominado esta hibridación como el “espacio de la autonomía”, considerando que la autonomía de los movimientos sociales sólo se puede garantizar mediante la capacidad de organización en el espacio de libertad de las redes de comunicación, pero al mismo tiempo únicamente se puede ejercer como fuerza transformadora si se desafía el orden institucional disciplinario recuperando el espacio de la ciudad para sus ciudadanos (2012: 213).

Las protestas han supuesto también la emergencia de un **repertorio de acciones** original, aunque no siempre novedoso, en el que la *acampada* ha sido una de las formas más utilizadas y el *asamblearismo* la forma de deliberación más frecuente, con todas las contradicciones y dificultades que este hecho supone. Todos estos espacios se han convertido así en laboratorios en los que se han experimentado y aprendido formas de cooperación, conflicto y comunicación. El análisis de movimientos como el 15-M, pero también de otros como Occupy Wall Street, y más recientemente la ocupación de la Plaza Taksim en Estambul, ha despertado un debate sobre la forma de proceder de estos movimientos, en el que se destaca el carácter descentralizado, no violento y transparente del mismo, así como su carácter autogestionado, donde ha imperado la lógica del “hazlo tú mismo” a la hora de organizar asambleas y movilizaciones; y la horizontalidad, y autorepresentatividad del movimiento, rechazando la utilización de etiquetas identificativas o la visibilización de líderes concretos, lo que ha desconcertado enormemente a los medios de comunicación y a las instituciones que iban en busca de interlocutores. Autores como Giuseppe Cocco han subrayado también la capacidad de auto-convocatoria y de auto-reproducción rizomática de las protestas y como éstas se sucedían de manera simultánea, intempestiva y sin respetar ningún tipo de “tregua”.⁵

Finalmente, es importante destacar la crítica al tecno-determinismo que algunos autores han hecho, en referencia al **papel de Internet** en todas las movilizaciones. Es obvio, apuntan algunos, que Internet ha jugado un papel fundamental en muchas de las protestas, en tanto que dinamizador, agitador y amplificador de las movilizaciones (conviene recordar, por ejemplo, que en países como Egipto o Túnez dos tercios de la población joven disponían de teléfonos móviles y una parte considerable estaba en algunas de las redes sociales). No obstante, Internet en sí mismo no ha sido en ningún caso la causa de las movilizaciones, las cuales responden a trayectorias históricas concretas y a otros factores de tipo social, político o económico, con raíces tanto locales como globales (Romanos, 2011: 332). Aunque no podemos caer en un “ciberoptimismo” ingenuo, esto no significa que debamos infravalorar el gran impacto que Internet está teniendo en las relaciones sociales, políticas y culturales a nivel planetario. Según Subirats, una de las caracte-

rísticas más significativas de las nuevas sociedades en las que Internet y las TIC ganan terreno es, precisamente, la creciente aparición y existencia de espacios de autonomía y de redes relacionales nuevas, en las que florecen comunidades plurales, que hacen de su especificidad e identidades su punto de referencia (2013: 78).

El *precariado* urbano como principal base social

Tal y como señalamos al inicio de estas páginas, el capitalismo financiarizado ha mutado las bases del **trabajo** a escala mundial. Las multinacionales se han descentralizado en busca de la mano de obra más barata que les permita producir productos a precios muy competitivos que luego venderán preferentemente en los países del Norte, donde el poder adquisitivo es todavía elevado. Esto ha dinamitado el “sueño” del pleno empleo de los estados del bienestar occidentales (hasta el punto que algunos autores consideran que tiene más sentido hablar de “empleabilidad”, en tanto que empleos esporádicos e inestables, más que de “empleo” en sí mismo) y ha generado nuevos procesos de industrialización en los países del Sur, ocupando a millones de personas que trabajan por salarios muy bajos.

A este hecho cabe sumar el crecimiento económico de los países emergentes y el descalabro de los países occidentales. Mientras en los primeros viene consolidándose una creciente **clase media**, en el segundo bloque de países la clase media se ha adentrado en una crisis de grandes dimensiones, por todos los elementos que acabamos de analizar. No obstante, ambas realidades, la clase media emergente y la descendente, se caracterizan en gran parte por haber fundamentado su ascenso económico en una dinámica de endeudamiento con las grandes entidades financieras, incentivado por los propios bancos e incluso por la clase política. Este “espejismo” de la clase media ya es una pesadilla en países como España, en el que el proceso de empobrecimiento y de desposesión es acelerado, pero también en lugares como Brasil o Turquía, en el que el poder adquisitivo es sólo plausible a base de crédito, con toda la volatilidad e incertidumbre que este hecho comporta.

Este marco explicativo sobre las bases del trabajo en el contexto de globalización capitalista y de configuración o derrumbamiento de las “clases medias” es un aspecto esencial para entender la **base social** de las personas que han participado en muchas de las protestas. A todas ellas les unen algunos aspectos determinados: ser miembros de una generación joven, que padecen unas condiciones laborales muy precarias, que afrontan una situación vital de enorme incertidumbre y que generalmente habitan en los espacios urbanos. Esto parece así en los tres escenarios que hemos analizado en el segundo apartado:

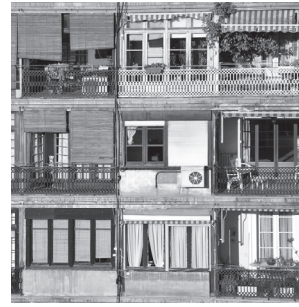


La clase media emergente y la descendente se caracterizan por haber fundamentado su ascenso económico en una dinámica de endeudamiento con las grandes entidades financieras

- En muchos de los contextos árabes se produjo lo que Sami Naïr en *La lección tunecina* (2011) consideró como una “revolución social y de las relaciones sociales”, es decir, el levantamiento de una generación de jóvenes desclasada y afectada por el paro y por la búsqueda de justicia social y de un Estado que actúe como redistribuidor de la riqueza en sociedades caracterizadas, no sólo por la falta de libertades, sino también por grandes niveles de desigualdad socioeconómica y de injusticia social.
- En los países del sur de Europa o en EEUU, tiene sentido proyectar la obra del economista Guy Standing (2011) en la que teoriza sobre el fenómeno del “precariado”, una “nueva clase social” caracterizada por la fragilidad y precariedad de sus condiciones laborales y por la enorme vulnerabilidad que se deriva de ello. “Lo que caracteriza al *precariado* no es [sólo] su nivel salarial o de ingresos monetarios recibidos en determinado momento”, señala el autor, “sino la falta de apoyo comunitario en tiempos de necesidad”. El *precariado* es un colectivo heterogéneo (en el que se encuentran trabajadores sobrecualificados o infracualificados), pero caracterizado sobre todo por su falta de articulación social y de reconocimiento mutuo en tanto que supuesta clase social. Muchas de las personas que han participado de las protestas en los países occidentales son parte de este joven precariado (especialmente se trata de jóvenes con estudios y afectados por la falta de oportunidades), castigado por las dinámicas de la globalización capitalista, por la crisis y por las políticas de “austeridad”. Para Alonso (2012), analizando el caso del 15-M y válido para otros contextos, el sujeto imaginario que unifica la movilización no es sólo el precariado, sino también el “cognitarizado”, esto es, ese conjunto de jóvenes cualificados cuyas inversiones educativas han quedado desvalorizadas radicalmente por el desempleo, el subempleo o el malempleo generalizado y sin perspectivas razonables de mejora, dado el marco en el que se desenvuelven las degradadas prácticas contractuales actuales del mercado del trabajo juvenil. Una idea replicada por Mason, quien a la luz de Occupy Wall Street, denomina a este colectivo como “los graduados sin futuro” (2012: 66).
- Finalmente, en los países emergentes, autores como Giuseppe Cocco también han hecho referencia a la presencia de jóvenes estudiantes, universitarios, sin recursos, inmigrantes o pobres en la base social de las protestas, con la peculiaridad de que, en una parte considerable, se trata de personas que configuran la nueva y emergente clase media, pero que también denuncian unas mismas condiciones laborales y una misma sensación de vulnerabilidad y fragilidad social.⁶

El debate sobre el factor de la clase media como algo esencial en los procesos de cambio social no es algo nuevo, sino más bien una cuestión recurrente en el análisis de los movimientos sociales. Según los autores favorables a defender la importancia de este factor, los miembros de la clase media son más propensos a movilizarse en los conflictos de nuevo cuño, un hecho que,

por otra parte, ha sido confirmado persistentemente por las investigaciones que se han hecho al respecto (Della Porta y Diani, 2011: 83). No obstante, el hecho quizás diferencial en este caso es la condición precarizada de esa clase media, que en algunos contextos está en construcción y en otros en descomposición, y la combinación de demanda de valores post-materiales (como tradicionalmente se le atribuyen a dicha clase media y que tienen que ver con la mejora de la democracia, por ejemplo) con valores estrictamente materiales, como es el caso (falta de oportunidades, precariedad laboral, pobreza y crecientes desigualdades socioeconómicas, etc.). Asimismo, es importante subrayar que todas estas protestas no se han nutrido exclusivamente de ciudadanos de clase media: en los países árabes han participado numerosos estratos sociales, mientras que en Brasil, por ejemplo, se ha detectado la presencia de personas que viven en las favelas. No obstante, parece claro, y es un lugar común en la literatura que está analizando todos estos casos, que la clase media ha jugado un papel esencial en la elaboración del discurso (Kim, 2011). Un debate aparte, y que no tenemos tiempo de desarrollar en estas páginas, es si se está construyendo una identidad transnacional de este precariado (Romanos, 2011: 325), un hecho que autores como Mason sostienen al considerar que existen elementos transversales compartidos (2012: 69), así como marcos de referencia, como la idea de “Somos el 99%”, que precisamente apela a esa identidad común.



La clase media ha jugado un papel esencial en la elaboración del discurso

“Resignificar” la democracia y avanzar hacia nuevas formas de lo común: un análisis de los marcos rectores y las agendas

¿Qué demandan todos estos movimientos? ¿Existe una agenda compartida? Si comparamos los tres escenarios analizados en apartados anteriores encontraremos **demandas políticas concretas**, relacionadas con la situación política o económica del contexto en cuestión, es decir: demanda de mayores libertades o del fin de un régimen autócrata y dictatorial, como en el caso de los países del entorno árabe; denuncia de la corrupción gubernamental y de la connivencia entre el poder político y financiero (como en España o en EEUU) o, por citar sólo otro ejemplo, críticas a las decisiones políticas adoptadas por gobiernos u organismos internacionales (como es el caso de la implementación de las políticas de “austeridad” en el sur de Europa, la orientación “neodesarrollista” del gasto público y la aprobación de nuevos impuestos en Brasil o la privatización del espacio urbano en Turquía). Detrás de estas demandas, muchas veces no ha sido posible identificar un programa alternativo con medidas políticas, económicas y sociales concretas, o bien si han existido, como es el caso de España, no han sido demasiado novedosas, ya que se ha acabado reivindicando una agenda esencialmente reformista.

Las dos grandes **novedades**, sin embargo, no se encuentran en las propuestas concretas de cada contexto local sino en la forma en cómo se han construido y en la existencia de elementos transversales en las aspiraciones que todas estas agendas ofrecen. Por un lado, en muchos de estos contextos es cierto que se han propuesto alternativas que llevan años planteándose. No obstante, el elemento de novedad es quizás la forma colectiva en cómo se han construido, combinando el espacio de la calle y el de la red, y dando como resultado lo que algunos autores han denominado como una **wikiagenda**.⁷ Por otra parte, y siguiendo la idea de Charles Tilly (2010), la literatura ha identificado una alineación de **marcos rectores de carácter metapolítico** que, más allá de propuestas concretas, plantean la necesidad de dotar de nuevos significados a una democracia que no es real –por el impacto de la globalización financiera y la irrelevancia de los Estados– pero también por el agotamiento de los métodos de democracia representativa. En esta demanda existe una clara denuncia a la convivencia entre poder político y poder financiero y la corrupción que de ello se deriva, al papel nefasto que en algunos contextos han desempeñado los partidos políticos en tanto que intermediadores cada vez más alejados de la realidad y de la sociedad (Subirats, 2012: 73) y, muy especialmente, al papel decepcionante que los partidos de izquierda, especialmente procedentes de la socialdemocracia, han realizado en muchos contextos, acabando así con gran parte de su credibilidad (Zizek, 2013). Esto último se traduce en algunos países como España en la crisis galopante de partidos como el PSOE o bien en Brasil con la creciente deslegitimación social del “lulismo” y de los gobiernos del PT. En definitiva, las protestas han configurado un marco metapolítico en el que se interpreta una clara crisis de la democracia representativa y la aspiración a construir nuevas formas de democracia directa que, con mayor o menor ingenuidad, las propias plazas y redes ya están, de algún modo, ensayando.

Finalmente, otro aspecto esencial en este marco compartido es el debate sobre los bienes comunes,⁸ precisamente en un contexto de creciente desposesión y de mercantilización de bienes básicos, pero también de creciente atomización e individualización, tal y como hemos señalado al inicio. En la mayoría de protestas, puede entrecerse la aspiración a una reapropiación del espacio urbano, una reivindicación del derecho a la ciudad, y una denuncia de la degradación de la calidad de vida y de la preponderancia de los intereses privados por encima de los intereses comunes. En este sentido, son muchas las prácticas de innovación social que, al menos en algunos contextos, están surgiendo en el entorno de los movimientos sociales y que en mayor o menor medida se inspiran en la noción del común y su racionalidad. Sería el caso de iniciativas como las monedas sociales y complementarias, los huertos comunitarios, las tiendas de ropa a coste cero o las redes de reutilización de objetos y consumo colaborativo. O de algunos equipamientos e infraestructuras como los centros sociales autogestionados, el cohousing o las cooperativas de vivienda en derechos de uso (Mateos y Sanz, 2013).

Efectos, significados y perspectivas de los movimientos sociales en red: algunas ideas a modo de conclusión

El artículo ha querido enfatizar en todo momento la necesidad de entender este ciclo de protestas como un fenómeno de gran calado, en tanto que acontecimientos que comparten elementos transversales y que funcionan de manera interconectada. Ahora bien, hemos tratado de huir de la necesidad de responder cuáles están siendo hasta el momento los resultados políticos, sociales o económicos concretos de todas estas protestas. Aunque es cierto que cada uno de ellos ha logrado objetivos y logros determinados (en España, por ejemplo, el 15-M ha amplificado un movimiento como el de las Plataformas de Afectados por las Hipotecas, que ha puesto en la agenda política la cuestión de la “dación en pago” y, sobre todo, ha desenmascarado las grandes contradicciones del sistema hipotecario español),⁹ medir el alcance de todas estas protestas en función de aspectos concretos es un ejercicio reduccionista y tremendamente cortoplacista. Precisamente, el estudio de los movimientos sociales pone de relieve la necesidad de leer e interpretar en perspectiva histórica muchos de estos procesos, que acaban produciendo cambios sociales, culturales, políticos y económicos en el marco de grandes etapas y no de tan sólo unos pocos años o meses. O dicho de otro modo, es importante entender un ciclo de protestas como el actual, que probablemente sigue abierto a nuevos acontecimientos y protestas, como un proceso político y como un mensaje a saber descifrar e interpretar de manera constante.

En ese ejercicio de interpretación del propio proceso global aparecen dos elementos importantes. Por un lado, las protestas se erigen hasta cierto punto como una **expresión colectiva** contra el proceso de desposesión y de vaciamiento del sentido de la democracia impulsado por el “capitalismo de casino” que hemos descrito en la primera parte (Calle, 2013b). En otras palabras, las movilizaciones en los diversos contextos son una expresión determinada de una ciudadanía interconectada contra la “dictadura de los mercados” y contra la claudicación de los poderes políticos ante el gran poder financiero. Ese proceso adquiere rasgos y acentos diferentes en cada lugar, pero en el fondo está denunciando las grandes contradicciones del sistema capitalista en el contexto de globalización financiera. Este hecho significa una nueva aspiración de libertad, de insatisfacción con el statu quo, de cuestionamiento de la intermediación y un cambio en la conciencia humana en el que se están repensando nuevos significados para aspectos tan importantes como la democracia o la propiedad. El proceso político iniciado desde 2011 se convierte, en sí mismo, en un laboratorio en el que se ensayan también nuevas formas de organización colectiva.



Ese proceso está denunciando las grandes contradicciones del sistema capitalista

Un segundo aspecto relacionado con esta idea de proceso es, precisamente, el **potencial repolitizador** que todas las protestas están teniendo para el conjunto de muchas sociedades. Este hecho no es menor si tenemos en cuenta que uno de los grandes problemas sociales y culturales contemporáneos que la sociología viene señalando es el del hiperindividualismo que la hegemonía del pensamiento liberal ha instaurado en buena parte de nuestras sociedades. Las protestas están ayudando a empoderar y movilizar a toda una generación de jóvenes que, en muchas ocasiones, por primera vez, han pasado a debatir los problemas del presente y a pensar la sociedad del futuro o a comprender mejor las dinámicas del poder, tanto a nivel local como global. En este proceso existe un elemento a mi modo de ver determinante, como es el hecho de rebasar las fronteras de lo posible o de lo que el pensamiento dominante ha construido como “posible”. En el marco de las plazas y de las redes se está gestando, en definitiva, un contrasentido común que grita que “Sí se puede” ante un sistema que niega una y otra vez las posibilidades de pensar otra sociedad basada en otros valores y en otra manera de organizarse social, económica y políticamente. En este proceso de repensar el “otro mundo posible”, que hunde sus raíces en experiencias históricas más o menos recientes, Internet está siendo una herramienta poderosa y complementaria. Este proceso repolitizador orientado a reinterpretar la realidad y a repensar (y constituir) los mundos posibles entra quizás en colisión con las urgencias de una coyuntura que es dramática para muchas personas y, por lo tanto, insuficiente para abordar los grandes retos del presente (Fontana, 2012: 149). Pero es en ese “aprender haciendo” y en una lectura esperanzadora de la realidad en el que algunos grandes procesos de cambio social se han forjado.

Oscar Mateos

Facultad de Educación Social y Trabajo Social Pere Tarrés

Universidad Ramon Llull

omateos@peretarres.url.edu

Bibliografía

- Alberich, T.** (2012): “Movimientos sociales en España: antecedentes, aciertos y retos del movimiento 15-M”. En: *Revista española del Tercer Sector*, núm. 22, en: <http://www.fundacionluisvives.org/rets/22/articulos/96856/index.html>
- Alonso, L. E.** (2012): “Presentación: crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales”. En: *Dossier de Economistas sin Fronteras*, núm. 6, septiembre, p. 4-9, en: <http://www.ecosfron.org/portfolio/dossier-crisis-indignacion-ciudadana-y-movimientos-sociales/#.UmfOWXDwkmM>
- Bauman, Z.** (2012): “Times of Interregnum”. En: *Ethics and Global Politics*, Vol. 5, núm. 1, p. 49-56.
- Burawoy, M.** (2013): “A new sociology for new social movements”, enlace: http://www.idhe.cnrs.fr/IMG/pdf/Social_Movements-Forum.pdf
- Calle, A.** (2013a): *La transición inaplazable. Salir de la crisis desde los nuevos sujetos políticos*, Barcelona: Icaria.

Calle, A. (2013b): “Entre el ‘SaoPaulazo’, el parque Gezi y el 15M: variaciones de los nuevos movimientos globales”. En: *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano*, núm. 254, p. 119-122.

Castells, M. (2013): *Redes de indignación y esperanza*, Barcelona: Alianza Editorial.

Chomsky, N. (2013): *Las sublevaciones democráticas globales. Entrevistas con David Barsamian*, Barcelona: Pasado y Presente.

Della Porta, D.; Diani, M. (2011): *Los movimientos sociales*, Madrid: Editorial Complutense y Centros de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Della Porta, D.; Tarrow, S. (eds.) (2005): *Transnational Protest and Global Activism*, Lanham: Rowman & Littlefield.

Fontana, J. (2013): *El futuro es un país extraño*, Barcelona: Pasado y Presente.

Fuster Morell, M. (2012): “The Free Culture and 15M Movements in Spain: Composition, Social Networks and Synergies”. En: *Social Movement Studies: Journal of Social, Cultural and Political Protest*, p. 1-7.

Greepi, A. (2012): *La democracia y su contrario. Representación, separación de poderes y opinión pública*, Barcelona: Trotta.

Harvey, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.

Heikkila, R. (2012): “Occupy Wall Street y la indignación del 99%”. En: *Dossier de Economistas sin Fronteras*, nº 6, Septiembre, p. 20-23, en: <http://www.ecosfron.org/portfolio/dossier-crisis-indignacion-ciudadana-y-movimientos-sociales/#.UmfOwXDwkmM>

Jasper, J. (1997): *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press.

Jones, O. (2012): *Chavs: La demonización de la clase obrera*, Capitán Swing: Madrid.

Judt, J. (2010): *Algo va mal*, Madrid: Taurus.

Kim, R. (2011): “The audacity of Occupy Wall Street”, *The Nation*, 21 de noviembre, en: <http://www.thenation.com/article/164348/audacity-occupy-wall-street>

Koopmans, R. (2004): “Political Opportunity Structure: Some Splitting to Balance the Lumping”. En: GOODWIN, J. y JASPER, J. J. (eds.), *Rethinking Social Movements. Structure, Meanings and Emotions*, Lanham: Rowman & Littlefield, p. 61-74

Hardt, M.; Negri, T. (2013): *Declaración*, Akal: Madrid.

Mason, P. (2013): *Why It's Still Kicking off Everywhere. The New Global Revolutions*, London: Verso.

Mateos, O.; Sanz, J. (2013): *Cambio de época, ¿Cambio de rumbo? Aportaciones y propuestas desde los movimientos sociales*, Cuaderno de Cristianismo i Justicia, núm. 186.

Naïr, S. (2011): *La lección tunecina. La primavera árabe a debate*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Observatorio metropolitano (2011): *Crisis y revolución en Europa*, Madrid: Traficantes de Sueños, en: <http://traficantes.net/index.php/editorial/catalogo/otras/Crisis-y-revolucion-en-Europa>

Rendueles, C. (2013): *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*, Madrid: Capitán Swing.



- Rodríguez, E.** (2013): *Hipótesis democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*, Madrid: Traficantes de sueños.
- Romanos, E.** (2011): “Retos emergentes, debates recientes y los movimientos sociales en España”. En: DELLA PORTA, D. y M. DIANI: *Los movimientos sociales*, Madrid: Editorial Complutense y Centros de Investigaciones Sociológicas (CIS), p. 315-348.
- Sánchez, J. L.** (2013): *Las 10 mareas del cambio. Claves para comprender los nuevos discursos sociales*, Madrid: Roca Editorial y Eldiario.es Libros.
- Sanz, J.; Mateos, O.** (2011): “15-M. Apuntes para el análisis de un movimiento en construcción”. En: *Revista Fomento Social*, núm. 263, Vol. 66, p. 517-545.
- Standing, G.** (2011): *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona: Pasado y Presente.
- Subirats, J.** (2013): “¿Nuevos movimientos sociales para una Europa en crisis?, XI Premio Francisco Javier de Landaburu Universitas. EUROBASK, enlace: http://eurobask.org/ficherosFTP/LIBROS/UNIVERSITAS_2012.pdf
- Tarrow, S.** (1994): *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Nueva York/Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, C. Wood, L. J.** (2012): *Los movimientos sociales. De 1768 a 2012*. Madrid: Editorial Crítica.
- VVAA.** (2012): *Tecnopolítica, Internet y R-Evoluciones. Sobre la centralidad de redes digitales en el #15M*, Barcelona: Icaria Asaco.
- VVAA.** (2013): “#Vempraruá. Outono brasileiro? Leituras”, Cadernos IHU Ideias, núm. 191, Instituto Humanitas Unisinos, en: <http://www.ihu.unisinos.br/noticias/521804-vempraruá-outono-brasileiro-leituras>
- Zizek, S.** (2013): *El año que soñamos peligrosamente*, Madrid: Akal.

-
- 1 A todos estos factores sobre el mundo del trabajo en los países del Norte cabe añadir otros, tales como: las transformaciones demográficas, la ruptura de las solidaridades y el debilitamiento del mundo obrero en el contexto post-fordista o el impacto de la entrada de las mujeres en el ámbito del trabajo remunerado.
 - 2 Aunque el caso de Israel cabría insertarlo regionalmente aquí, lo cierto es que debido a sus características sociales, económicas y políticas es más cercano a los casos del sur de Europa.
 - 3 Véase el artículo de Emiliano Treré en este monográfico.
 - 4 Véase el artículo de Juan Ignacio Latorre en este monográfico.
 - 5 Véase la entrevista a Giuseppe Cocco en este monográfico.
 - 6 Ibidem.
 - 7 Castells, M. (2011), “Wikiacampadas”, *La Vanguardia*, 28 de mayo de 2011, en: <http://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20110528/54160922879/wikiacampadas.html>
 - 8 La gestión de los denominados bienes comunes o procomún se refiere a los sistemas sociales y jurídicos que facilitan la gestión compartida y la administración de un bien que pertenece o es de usufructo gestionado por un grupo de individuos o por la sociedad en su conjunto. Más allá del régimen de propiedad que tenga éste, el bien común debe ser entendido sobre todo en términos relacionales: un recurso es un “bien común” mientras la gente se siente vinculado a él tanto por poder hacer uso de su patrimonio como por estar interesado en su conservación y/o ampliación.
 - 9 Véase artículo sobre la experiencia de las PAH en este monográfico.
-